

RAFAEL OBLIGADO



POESÍAS



BUENOS AIRES
FELIX LAJOUANE, EDITOR

51, CALLE DEL PERÚ, 53

—
1885





POESÍAS



ECHVERRÍA

LA PAMPA

SANTOS
VEGA

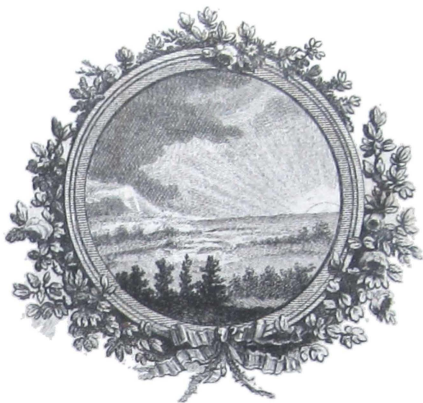
EL SEÍBO

AMÉRICA



DONACION
DE
E. GARCIA VELLOSO

María Teresa Urago



ECHEVERRÍA

I

ERA esa pampa dilatada y sola,
Sin otra vida que la vida aquella
Que hace rodar la ola
Y girar en los cielos una estrella ;
Sin más palabra, que la voz vibrante
Del buitre carnívero,
El alarido de la tribu errante,
Y el soplo del pampero.

Faltaba el alma á la extensión vacía ;
A los vientos del llano,
Un rumor cadencioso, una armonía
Que sólo brota el corazón humano.

Su lumbre derramaba
El sol, siguiendo su fatal camino ;
La luna, su destello soñoliento ;
Pero al cielo faltaba
Un astro, el astro del amor divino,
Y á la tierra el fulgor del pensamiento.

Sentir, pensar.... Suprema, única vida ;
Para la sed del alma, única fuente !
Sobre la tierra, que á vivir convida,
¿ Bastarnos puede, acaso,
Un astro que se eleva del oriente
Y se oculta en silencio en el ocaso ?

Nada dice al espíritu
La noche taciturna,
Encorvando su bóveda sombría
Como una inmensa úrna
Sobre la tierra desmayada y fría,
Si en la sombra lejana

De sus antros sin nombre,
No destella la mente soberana
Y no palpita el corazón del hombre.

El vuelo de las aves,
De la laguna el musical rüido,
Las mil voces staves
Que el viento imprime al pajonal dormido...
¡ Ah ! todo ese concierto
En vano resonaba,
Porque allá, sin un eco, se apagaba
En los profundos senos del desierto !

II

Llegó por fin el memorable día
En que la Patria despertó á los sonos
De mágica armonía ;
En que todos sus himnos se juntaron
Y súbito estallaron
En la lira inmortal de Echeverría.

Como surgiendo de silente abismo,
El Mundo americano

Alborozado se escuchó á sí mismo :
El Plata oyó su trueno ;
La Pampa, sus rumores ;
Y el verjel tucumano,
Prestando oído á su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores.

Desde la hierba humilde,
Hasta el ombú de copa gigantea ;
Desde el ave rastrera que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá que allí se balancea
Y, á cada noche oscura,
A grito herido sus alertas lanza ;
Todo tiene un acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento,
Que no traiga á sus versos el aliento
De la tierra argentina.

III

Una tarde sintió dentro del pecho
Esa fuerza expansiva

Que hace parezca el horizonte estrecho
De la ciudad nativa ;
Y tendido en el lomo rozagante
Del potro pampëano,
Campos y campos devoró anhelante
Y allá en la sombra se perdió del llano.

La noche era tranquila ;
En la faz del desierto
Clavaban las estrellas la pupila,
Con esa mezcla de ansiedad y pena
Con que miramos en la tierra á un muerto.

¿ Qué hablaron al poeta
Esos murmullos de la noche en calma,
Del carrizal nacidos,
Que cantan al pasar en los oídos
Y lloran en el alma ?
¿ Qué historia le contaron ?
¿ Qué dolorosa y fúnebre quimera,
Que sus ojos en llanto se empañaron
Y detuvo del potro la carrera ?

¡ Era que oyó el gemido
De un pecho desgarrado,

Un grito por tres siglos repetido
Y de nadie escuchado !
¡ Era que de su lira generosa
Cayó en la cuerda viva,
Como gota de lluvia, luminosa,
La lágrima infeliz de *la cautiva* !

IV

En vano entre sus toldos el salvaje
Esclavizó á *Maria* :
En sus sueños geniales el poeta,
En el distante aduar, la presentía.
Para él nació ; para su gloria fueron
Aquellas formas armoniosas, bellas ;
Esos ojos que lágrimas vertieron
Hasta empaparle el corazón con ellas.

El reflejó en su espíritu doliente
Su historia sin ventura ;
El la siguió, como *paterna* sombra,
Por la vasta llanura ;
El hizo que las gotas de su llanto

En las almas sensibles se volcaran,
Y los ojos enjutos
De todo un pueblo á humedecer llegarán.

Rosa temprana en un erial caída,
El recogió sus hojas una á una,
Entregadas ; oh Dios ! por la fortuna
A todas las tormentas de la vida ;
Y en las cadencias de su verso alado,
Dulce, insinuante, musical, sereno,
Vino y vertió su aroma delicado
De nuestra patria en el materno seno.

Desde entonces hay cantos de ternura,
Rumor de besos en la Pampa inmensa ;
Hay un alma que piensa,
Una fibra que late á cada paso ;
Y derrama su lumbre perdurable
El astro hermoso que la vida encierra,
El astro del amor, puro, inefable,
Que no rueda al ocaso,
Que no empañan tormentas de la tierra.

V

¡ República Argentina, madre mía !
¡ Felices ¡ ah ! los que tu sien miraron
De frescos lauros coronarse un día !
¡ Los que tu suelo estéril fecundaron
Con sangre de sus venas,
Y anillo por anillo, las cadenas
De la oprobiosa esclavitud trozaron !

Para aquellos heroicos corazones
Era música grata,
Del Pacífico al Plata,
El solemne tronar de tus cañones.
Sólo á ellos fué dado
Contemplar esa mágica belleza
Con que, rotas las brumas del pasado,
Se levantó tu juvenil cabeza ;
Sólo á ellos, beber en el reguero
De viva luz, que derramó en tu frente,
De Moreno, la mente,
De San Martín el inflexible acero.

¡ Con qué íntimo gozo,
Tus hijos, fuertes en su amor profundo,
Te colocaron en excelso asiento
Para mostrarte independiente al mundo,
Independiente y libre...
Libre no, que era esclavo el pensamiento!

El filo de la espada
Cortar puede los lazos
Que á un pueblo oprimen de otro pueblo en brazos;
Mas aquellos que inerte
El alma dejan á merced extraña,
Que hasta el rayo de sol en que se baña
Le dan quebrado por ageno prisma,
Como el diamante con su propio polvo,
Sólo se cortan con el alma misma.

Y Echeverría los cortó. Su mente
Hirió como una espada,
De resplandores acerados llena,
Las viejas ligaduras
Que la conciencia de la Patria, atada
Tuvieron ¡ ay! á la conciencia agena!

¡ Y fué la libertad! ¡ Y el pensamiento,
Tomó las alas del nativo cóndor

Para escalar audaz el firmamento;
Para arrojar de la región del rayo,
En páginas de fuego,
El *Dogma* excelso que, inspirado en Mayo,
Fué norma y guía de la Patria luego!

VI

Profundas melodías
Vagaban en la atmósfera serena,
Como el fúnebre acento de la quena
Que sollozaba en los antiguos días :
Dulces cantos de amor, que eran al alma
Claridad y rocío :
El triste desengaño, el negro hastío,
La esperanza risueña...
¡ Ah ! todo ese universo
Revivió en los *Consuelos*, y su verso
Se apoderó de la mujer porteña !

El las dijo al oído
Tantos sueños de amor, que el alma encienden ;
Tanto vago secreto,
De esos que ellas aprenden

Como las aves á construir su nido,
Que aún su nombre es amado
Como un recuerdo de amorosa historia,
Cuya doliente evocación consuela ;
Y aún llevan, en ofrenda á su memoria,
Ornando sus hechizos,
La cándida *diamela*
Que él, con sus manos, enlazó á sus rizos.

VII

Llegó el tiempo fatal, llegó la hora
En que de nubes se cubrió y de duelo
La faz tranquila del hermoso cielo
Que vió de Mayo la primera aurora.
Como fiera traidora
Que avanza oculta en tempestad sombría,
La libertad rasgando y el derecho,
La garra de la infame tiranía
De Buenos Aires se clavó en el pecho !...

¡ Adiós, sueños de amor ! adiós hermosas
Que á la sien del poeta

Ofrenda hicisteis de tejidas rosas !
 El todavía, la mirada inquieta
 Vuelve á vosotras, de la nave ingrata
 Que lo lleva al destierro y á la muerte
 Sobre las olas del airado Plata.

¡ Se ausentó para siempre ! Solitario
 Quedó... su corazón, pues no cabía
 En su íntimo santuario,
 Otro amor que su patria, ni otro cielo
 Que aquel sublime y grande,
 Que se dilata del platino estuario,
 En arco inmenso, hasta la sien del Ande.

Brotó de su alma, en su postrera noche,
 Una lágrima ardiente,
 De bendición para la patria ausente ;
 Para el tirano, de viril reproche ;
 Y herido al fin por la implacable saña
 Del destino, se hundió como los astros,
 Dejando en torno... inos rastros,
 En el sepulcro de la tierra extraña !

¡ Oh injusticia ! ¡ oh dolor !... Patria de Mayo,
 ¿ Dónde están del poeta los despojos ?

¿ Brilla en su tumba de tu sol el rayo ?
 ¿ La misma luz que acarició sus ojos ?
 ¿ Duerme, madre, en tu seno
 El hijo tuyo, el corazón valiente,
 El que ni en llanto humedeció ni en sangre
 El vivo lauro que ciñó á tu frente ?

¡ No, que el cantor de la llanura, yace
 De su pueblo olvidado !...
 Ayer no más, trayendo las cenizas
 Del héroe invicto, del primer soldado,
 Llena de pompa y luz y movimiento,
 Rozando aquella tumba solitaria
 Pasó la nave; y su estertor profundo,
 Hizo temblar la copa funeraria
 De los cipreses, en dolientes coros,
 Al huir gallarda á la natal ribera,
 Revolviendo los hélices sonoros
 Y suelta al aire la triunfal bandera !

¡ Quedó esa tumba abandonada !... Empero,
 El fué también libertador, guerrero
 De la lucha más noble ! — *La Cautiva*,
 Que el sentimiento nacional exalta
 Y su estandarte victorioso ondea,
 Es como Maipo y Ayacucho y Salta,
 El triunfo de una idea !

¡ Poetas ! De la Patria es nuestra lira,
La inspiración sagrada
Que en sed de gloria, al ideal aspira !
Y si queremos de los hijos nuestros
Tan sólo una mirada,
No de frío desdén, de noble orgullo,
Venid, y entrelazadas nuestras manos,
Sigamos esa estrella que nos guía !
Lancémonos nosotros, sus hermanos,
Por la senda inmortal de Echeverría !

Buenos Aires, 1891.





EL HOGAR PATERNO

Á MIS HERMANAS



H ! mis islas amadas, dulce asilo
De mi primera edad !
¡ Añosos algarrobos, viejos talas
Donde el boyero me enseñó á cantar !

¿ Por qué os dejé, para encerrar mi vida
En la estrecha ciudad ;
Para arrojar mi corazón de niño
De las pasiones en el turbio mar ?...

Como un cisne posado en las riberas
Del ancho Paraná,
Así, blanco y risueño, se divisa
A la distancia mi paterno hogar.

En los vastos y abiertos corredores
Que grata sombra dan ;
En el cuadro de antiguos paraísos
Que, destrozados, no florecen ya ;

En las barrancas que hácia el puerto ondulan
Y avanzan al canal,
Do vela el sueño de gloriosos muertos
La solitaria cruz de ñandubay ;

En la hondonada que perfuma el molle
Y engalana el chañar ;
En el arroyo que las toscas baña ;
En ese campo que se extiende allá...

Allí está mi pasado, de mi vida
La inocencia y la paz :
Allí mi madre me acaricia, niño,
Y mis hermanas en redor están.

No bien despunta el sol en el oriente,
 Tierno beso nos da ;
De rodillas, oramos ; y, en seguida,
Puerta franca.... la luz, la libertad !

Como bandada de enjaulados pájaros,
 Por aquí, por allá,
Al campo el uno, á la barranca el otro,
Nos echábamos todos á volar.

— « Cuidado con los nidos, » nos decía
 Mi madre, en el umbral ;
Pero digan horneros y zorzales
Si les valió la maternal piedad.

Lejos ya de su vista, á un algarrobo
 Trepaba el más audaz,
Y con los ojos de mil ansias llenos,
Esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construido
 Para vivir y amar,
Introducía sus rosados dedos
El pequeño aprendiz de gavián ;

Y, del pico ó el ala destrozada,
 ¡ Nunca vista crueldad !
Asiendo los polluelcs, uno á uno
Los arrojaba con desdén triunfal.

Y era entonces de ver el alboroto
 Y el bullicioso afán,
De aquel enjambre de inocentes niños
Que así destruía un inocente hogar.



Otras veces, del río en la corriente,
 Al cárdeno fulgor
Que desde el fondo de la Pampa envía,
En sesgo rayo, el moribundo sol ;

En agitado, en revoltoso grupo,
 Y alegre confusión,
Los juncales rozando de la orilla,
Con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo,
Tendiase á estribor,
Y sonreía á la rizada espuma
Que la canoa abandonaba en pos.

Otra, imprudente, á la inclinada borda
Lanzándose veloz,
Entre sus manos victoriosa alzaba
Del camalote la celeste flor.

Esta, la caña de pescar volvía,
Enviando en derredor
Menudas gotas que al caer brillaban
En los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,
Reía, porque vió.
Medrosa hundirse en la corriente un ave
Al desusado y repentino són.

Pero si alguna, al levantar los ojos,
Mostraba el mirador;
Donde mi madre á vigilarnos iba,
Gritaban todas á la vez : « adiós ! »

¡ Oh dulces años ! Por entonces era
 Nuestro goce mayor,
Hurtar las flores que en las islas abren,
Y de sus aves escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro,
 Y el seibo punzó,
Eran ofrendas que mi madre amaba
Porque á sus hijos se las daba Dios.

¡ Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo
 Arranco al corazón,
Si yendo en pos del oropel mundano
El hombre olvida lo que el niño amó !

Vuelta de Obligado, 1882.





EN LA RIBERA

VEN, sigue de la mano
Al que te amó de niño;
Ven, y juntos lleguemos hasta el bosque
Que está en la margen del paterno río.

¡ Oh, cuánto eres hermosa,
Mi amada, en este sitio !
Sólo por tí, y á reflejar tu frente,
Corriendo baja el Paraná tranquilo.

Para besar tu huella
Fué siempre tan sumiso,
Que, en viéndote llegar hasta la playa
Manda sus olas sin hacer rüido.

Por eso, porque te ama,
Somos grandes amigos ;
Luego, sabe decirte aquellas cosas
Que nunca brotan de los labios mios.

El año que tú faltas,
La flor de sus seibos,
Como cansada de esperar tus sienes,
Cuelga sus ramós de carmín marchitos.

Por la tersa corriente,
Risueños y furtivos,
Como sueltas guirnaldas, no navegan
Los verdes camalotes florecidos.

Sólo inclinan los sauces
Su ramaje sombrío,
Y las aves más tristes en sus copas
Gimiendo tejen sus ocultos nidos.

Pero llegas..., y el agua,
El bosque, el cielo mismo,
Es como una explosión de mil colores,
Y el aire rompe en sonoros himnos.

Así la Primavera,
Del trópico vecino
Desciende, y canta, repartiendo flores,
Y colgando en las vides los racimos.

¡ Cuál suenan gratamente,
Acordes, en un ritmo,
Del agua el melancólico murmullo
Y el leve susurrar de tu vestido !

¡ Oh, si me fuera dado
Guardar en mis oídos
Para siempre, esta música del alma,
Esta unión de tu ser y de mis ríos !...

Si al borde de los dulces
Raudales argentinos,
Naturaleza levantó mil grutas
De pasionarias y silvestres tilos ;

Si de un árbol en otro,
Cruzando entretrejos,
Cual hamacas indianas, los zarzales
Al aire entregan sus flotantes hilos :

Es que el amor es dueño
De todo Paraíso !
Es que toda belleza de la tierra
Es un fragmento del Edén perdido !

Por eso eres más bella,
Mi amada, en este sitio ;
Y es más blanda tu voz, y más radiante
La lumbre de tus ojos pensativos.

¡ Amame, no me olvides,
Amame con delirio ;
Bésame con el beso de tus labios,
Como la esposa del cantar divino !

Yo guardaré el secreto,
Lo guardará este asilo,
Donde, ingenuas, se besan las palomas
Ante la augusta majestad del río.



LÆTITIA

CON tu sonrisa embelleces
Y haces tus *quince* lucir ;
Te lo habrán dicho mil veces :
Blanco pimpollo pareces
Que se comienza á entreabrir.

Sobre tu seno palpitan
No sé qué lumbres dudosas ;
Cuando tus formas se agitan,
A respirarlas incitan .
Como un manajo de rosas.

En tu infantil hermosura,
Llena de vivos sonrojos,
Hay tal hechizo y frescura,

Que hasta la luz es más pura
En el cristal de tus ojos.

Cuando caminas, tu traje
Hace susurro de espumas,
Y, por rendirte homenaje,
De tu sombrero en las plumas
Canta la brisa salvaje.

Los que te miran pasar
Con esa audacia triunfante
Y esa sonrisa sin par,
Juran, al ver tu semblante,
Que tú no sabes llorar.

Juran verdad. ¡ Pues mejor !
¡ Fuera pesares y engaños,
Y no contraiga el dolor
Esos dos labios en flor
Donde sonríen quince años !



LA PAMPA

I

QUÉ VOZ sŭave, qué sonoro acento
Para cantarte; oh Pampa! me demandas?
  Será el rugido atronador del viento?
  Será el susurro de las auras blandas?

Te veo y me estremezco : mi alma siente
Que tu misma grandeza la aniquila,
Y súbito después alzo la frente
Para encerrarte entre mi audaz p pila.

Entonces algo tuyo me levanta,
Y libre como el viento correr quiero...
  Bate el caballo su orgullosa planta
Y vuela con impulso de pampero !

Fácil el llano á su vigor se tiende ;
 Huyendo lejos se adivina el monte ;
 ¡ No hay límite !... la niebla se desprende,
 Y á su paso se aleja el horizonte.

•

« ¡ Más rápido ! ¡ más rápido ! Entreabierto
 Allí está el porvenir en tu camino ;
 ¡ Salta ! ¡ vuela ! devora ese desierto
 Y arráncale el secreto del destino ! »

Y el caballo se lanza, ya sediento
 De espacio, de huracán y de frescura ;
 Se desata y se aleja el pensamiento
 Como un ave extraviada en la llanura.

El alma sobre el llano se difunde,
 Lo abarca como el sol al mar distante,
 Lo huella, lo limita, lo confunde,
 Lo empapa de su espíritu gigante.

¡ Sí ! que del potro la veloz carrera
 Precipita al abismo los sentidos ;
 El vértigo del alma se apodera
 Y se sienten los nervios sacudidos !

El pecho se electriza, se acrecienta ;
Se oye golpear un corazón de acero ;
Allí el pulmón no vive si no alienta
El soplo poderoso del pampero.

Allí, lejos del hombre, sobre el llano,
Descompuesto el cabello, roto el traje,
Tengo orgullo de ser americano
Y de gozar de libertad salvaje.

Se enardece mi alma ; delirante
Arranco el velo al porvenir, ¡ cuán bella
La imagen de la Patria deslumbrante,
Amor y gloria y juventud destella !

Siento el rumor y el incesante coro
De un pueblo egregio que el progreso guía ;
Y alzando el alma á Dios, me postro y oro
Ante la imagen de la patria mía !

Entonces quema mi ardorosa mano,
Mi corazón es fuego, mi frente arde...
¡ Qué placer si desciende sobre el llano
El ala refrescante de la tarde !

II

La aurora es la belleza que deslumbra,
La juventud, el canto, la armonía ;
La tarde es un ensueño en la penumbra,
El beso de la noche con el día.

La tarde de la Pampa misteriosa
No es la tarde del bosque ni del prado :
Es más triste, más bella, más grandiosa,
Más dulce muere bajo el sol dorado.

Ni un rumor escucháis, ningún ruido
En la vasta planicie solitaria,
Sólo un vago y dulcísimo gemido
Como el ruego postrer de una plegaria.

Cual el perfume de la flor, abierta
A los besos del céfiro que gira,
El alma se desprende, flota incierta,
Y con las ondas de la luz espira.

El cuerpo desfallece; la mirada,
Como el ave en la mar, sin rumbo vuela,
Sigue la nube errante, y fatigada
La paz profunda de la noche anhela.

Aspirais de ese cuadro misterioso
Una dulce ideal melancolía;
El corazón, latiendo silencioso,
Parece que desmaya con el día.

Sentís volar á la memoria errantes
Recuerdos de un dolor que no se nombra,
Fantasmas y quimeras vacilantes
Que corren á ocultarse entre la sombra.

Veis surgir, con el alma estremecida,
Los seres que en el mundo habeis amado,
Su sonrisa, su voz, su voz querida,
Como un largo sollozo del pasado.

Llega la hora sublime.... aquel instante
En que la luz entre la sombra oscila,
En que el mundo desmaya suspirante
Y el alma vuela á su Creador tranquila.

A ese instante de unción, no hay quien resista !
Eleva al ignorante, eleva al sabio ;
Estático quedáis, fija la vista,
Con el nombre de Dios sellado el labio...

III

Esperáis un momento... Ya la sombra
Sobre llano sin luz rápida avanza,
Y se agrupan y ruedan en su alfombra.
Las nubes de la noche, en lontananza.

Entonce el trueno, retumbando lejos,
Hiere las brisas que en silencio vagan ;
Y súbitos y pálidos reflejos
Plomizos velos descubrir amagan.

Esperáis un momento... Centellea
La tempestad que se alza á vuestro paso !
El ala del relámpago chispea
Sobre el tétrico fondo del ocaso !

Y rodando mil nubes agrupadas,
Empujan otras y otras de soslayo,
Rasgan su seno, y túrbidas y airadas
Vivaz arrojan á la tierra el rayo.

Les relámpagos rápidos, vibrantes,
Difundidos en ráfagas violentas,
Parecen las miradas centelleantes
Del Genio colosal de las tormentas.

Sentís hervir la sangre, y os parece
Que, rota vuestra vida, endeble palma,
En las alas del viento se estremece
Libre y audaz y en plenitud vuestra alma.

¡ Oh, qué placer !... El pecho, palpitante,
Entreabre vuestra boca... ¿ dais un grito ?
¡ Lo prolongan los ecos al instante !
¡ Lo contesta tronando el infinito !

Imágenes soberbias, atrevidas,
El alma llenan de visiones grandes :
Se sueña, tras las nubes encendidas,
El Dios del Sinaí sobre los Andes !

O, rasgando los velos del santuario,
Se descubre de súbito á la mente,
La fecunda tragedia del Calvario,
Eterna lumbré del remoto Oriente.

Y envuelto en una atmósfera sin nombre,
Se quiebra el trueno en vuestra frente erguida...
Así concibo en mi delirio al hombre,
Figura colosal !... ¡ rey de la vida !

¡ Dadme la Pampa así ! ¡ Súbito el rayo
Centellée en mi frente y zumbe luego !
La tempestad no es sueño, no es desmayo :
Es vida, es trueno, es luz, es fiebre, es fuégo !

1872.





PENSAMIENTO



BAÑARSE en la gota de rocío
Que halló en las flores vacilante cuna,
En las noches de estío
Desciende el rayo de la blanca luna.
Así, en las horas de celeste calma
Y dulce desvarío,
Hay en mi alma una gota de tu alma
Donde se baña el pensamiento mío.





SEMEJANZAS

BRISA que en medio de la selva canta,
Apacible rumor del oleaje,
Es el susurro de su blanco traje
Al deslizarse su ligera planta.

Luz de la estrella que al caer la tarde
De moribunda palidez se viste,
Es el reflejo cariñoso y triste
Que en los cristales de sus ojos arde.

Luna del seno de la mar naciente,
Que va escalando, en silencioso vuelo,
Y con tranquila majestad, el cielo,
Es el relieve de su tersa frente.

Plácido arrullo, que ocultar no sabe
De la paloma la ignorada pena,
Y en el silencio de los bosques suena,
Es la armonía de su voz sãave.

Cielo sin nubes que á la tierra envía
La luz y el fuego de su sol fecundo,
Cielo sin nubes de un azul profundo,
Es el cariño de la amada mía.





EL SEÍBO

Yo tengo mis recuerdos asidos á tus hojas,
Yo te amo como se ama la sombra del hogar,
Risueño compañero del alba de mi vida,
Seibo esplendoroso del regio Paraná.

Las horas del estío pasadas á tu sombra,
Pendiente de tus brazos mi hamaca guaraní,
Eternas vibraciones dejaron en mi pecho,
Tesoro de armonías que llevo al porvenir.

Y muchas veces, muchas, mi frente enardecida,
Tostada por el rayo del sol meridional,
Brumosa con la niebla de luz del pensamiento,
Buscó bajo tu copa frescura y soledad.

Allí, bajo las ramas nerviosas y apartadas,
Teniendo por doseles tus flores de carmín,
También su hogar aéreo suspenden los boyeros,
Columpio predilecto del céfiro feliz.

Se arrojan en tus brazos, pidiéndoles apoyo,
Mil suertes de lianas de múltiple color;
Y abriendo victorioso tus flores carmesíes,
Guirnalda de las islas, coronas su mansión.

Recuerdo aquellas ondas azules y risueñas
Que en torno repetían las glorias de tu sien,
Y aquellas que el pampero, sonoras y tendidas,
Lanzaba cual un manto de espumas á tu pie.

Evoco aquellas tardes doradas y tranquilas,
Cargadas de perfumes, de cantos y de amor,
En que los vagos sueños que duermen en el alma
Despiertan en las notas de blanda vibración.

Entonces los rumbos que viven en tus hojas,
Confunden con las olas su música fugaz,
Y se oyen de las aves los vuelos y los roces,
Vagando entre las cintas del verde total.

¡ Momentos deliciosos de olvido, de esperanza !
¡ Destellos que iluminan la hermosa juventud !
¡ Aquí es donde se sueña la virgen prometida
Y es lumbre de sus ojos la ráfaga de luz !

Amigo de la infancia, te pido de rodillas
Que el día en que á mi amada la sirvas de dosel,
Me des una flor tuya, la flor mejor abierta,
Para ceñir con ella la nieve de su sien.

¡ Que nunca Dios me niegue tu sombra bienhechora,
Seíbo de mis islas, señor del Paraná !
¡ Que pueda con mis versos dejar contigo el alma
Viviendo de tu vida, gozando de tu paz !

¡ Ah ! cuando nada reste de tu cantor y seas
Su solo monumento, su pompa funeral,
Yo sé que en la corteza de tu musgoso tronco
Alguna mano amiga mi nombre ha de grabar !



SOMBRA

Y HAS podido dudar del alma mía?
¿De mí que nunca de tu amor dudé?
¡ Dudar ! cuando eres mi naciente día,
Mi solo orgullo, mi soñado bien !

¡ Dudar ! sabiendo que en tu sér reposa
Cuanta esperanza palpité en mi sér,
Y que mis sueños de color de rosa
El ala inclinan á besar tú sien !

Por eso, lleno de profundo anhelo,
Me oyó la tarde, divagando ayer,
Decir al valle, preguntar al cielo :
¿ Por qué ha dudado de mi amor, por qué ?

La luz rosada de la tarde bella,
Huyó á mis pasos para no volver ;
Y la naciente, luminosa estrella,
Veló sus rayos para huir también.

Y mudo, triste, solitario, errante,
El alma enferma, por primera vez,
Hundí en la sombra, y se apagó un instante
La luz celeste de mi antigua fe.

Perdido en medio de la noche en calma,
Brumoso el río que nos vió nacer,
De alzar el vuelo á la región del alma
Sentí la viva, la profunda sed.

¡ Fugaz deseo ! Tu inmortal cariño
Ardió en la noche, y en su llama cruel
La mariposa de mi amor de niño
Quemó sus alas y cayó á tus pies.





Á UNA POETISA LUSITANA

PUES las pides, en tu busca
Van mis flores ignoradas,
Con su modesto perfume

Y risueñas esperanzas.

No temas, no, que en sus hojas

Tu labio encuentre al besarlas,

Ni punzadoras espinas,

Ni amarga ofrenda de lágrimas.

No temas, porque han crecido

Bajo el amparo del alba,

A la margen de mis rios,

Mirando cielos de nácar.
En sus diversos colores
Y en su pureza sin mancha,
Llevan débiles reflejos
De los astros de mi patria.
Son humildes, pero tienen
Infantiles arrogancias,
Cierta orgullo de ser hijas
Predilectas de la Pampa
Y celosas mensajeras
De mi tierra americana.
Si los vientos de la Europa,
Desdeñosos, sesga el ala,
No acarician nunca el seno
De mis pobres expatriadas,
Guárdalas en tu santuario,
Tierna virgen lusitana,
Guárdalas para corona
De tus sienes inspiradas,
Donde, lejos de mi tierra,
Vivan cerca de tu alma.
Si en las tardes del Mondego,
O del Duero en las mañanas,
Estremece tu alma virgen
Tierna música de cañas,
Y del nido de tus labios
Vuela en versos tu plegaria,
Acuérdate del que un día,

En las márgenes del Plata,
 Enseñó tu dulce nombre
 A las cuerdas de su arpa.

1875.





HOJAS

V Es aquel sauce, bien mío,
Que, en doliente languidez,
Se inclina al cauce sombrío,
Enamorado talvez
De las espumas del río?

¿ Oyes el roce constante
De su ramaje sediento,
Y aquel suspiro incesante
Que de su copa oscilante
Arranca tímido el viento?

Mañana, cuando sus rojas
Auroras pierda el estío,
Lo verás, húmedo y frío,

Ir arrojando sus hojas
Sobre la espuma del río ;

Y que ella, en rizos livianos
Llevando la hoja caída,
Las selvas cruza y los llanos...
Para dejarla sin vida
En los recodos lejanos !

¡ Ah ! ¡ cuán ingrata serías,
Y cuán hondo mi dolor,
Si estas hojas, que son mías,
Abandonara, ya frías,
Como la espuma, tu amor !





UN CUENTO DE LAS OLAS

Á CELMIRA JURADO

QUIÉN no ha visto en las orillas
Del hermoso Paraná,
Esa banda, siempre verde,
Siempre móvil del juncal ?

En las horas de la siesta,
Cuando todo duerme en paz,
En las cuerdas de esa lira
Van las olas á cantar.

Almas buenas y sencillas,
Venid todas, y escuchad
Lo que dicen esas olas
En el arpa del juncal.

Cuando el delta en muda calma
Bajo el sol de Enero está,
Y el silencio es más sensible
Porque arrulla la torcaz,

Ellas cuentan una historia
Que repiten sin cesar,
Una historia en que hay un nido
Y un cantor del Paraná.

Sucedió que en varios juncos
Reunidos en un haz,
Con totoras y hojas secas
Hizo nido un cardenal.

¡ Con qué orgullo miró el ave,
Bajo el sol primaveral,
Sobre el agua movediza
Columpiándose, su hogar !

Una rama de un seño,
Inclinada hácia el raudal,
Le dió sombras, flores rojas...
Cuanto un árbol puede dar.

Y extendiéndolo hasta aquel nido
Largo vástago un rosal,
Fué en sus bordes, la mejilla
De una rosa á reclinar.

¡ Qué contenta estaba el ave !
¡ Qué prodigio musical
Era entonces su garganta !
¡ Qué inquietudes y qué afán !...

Pasó el tiempo. En el estío
Los polluelos no son ya
Tan pequeños, y hasta suelen
Breves trinos ensayar.

Pero el río fué creciendo,
Fué creciendo más y más,
Y hubo un día en que una ola
Saltó al seno del hogar.

¡ Qué aleteos bulliciosos
Les produjo el golpe audaz !...
Siempre ha sido de la infancia
Festejar la tempestad.

Recio viento de los llanos
Una tarde hirió la faz,
Con el choque de sus alas,
Del soberbio Paraná ;

Y las olas, irritadas,
Empinándose á luchar,
En espuma convirtieron
Su serena majestad.

¡ Cómo duermen los pequeños
Mientras brama el huracán
Y las ondas los salpican
Con su polvo de cristal !

Se vió el ruido estremecerse,
Y á su empuje, vacilar,
Mas sus crestas no alcanzaron
A la altura del juncal.

Pues si el río fué creciendo
Cada día más y más,
El también fué levantando
Sus varillas á la par.

Almas buenas y sencillas
Que en la tierra hacéis hogar,
Elegidlo con la ciencia
Del pintado cardenal.

1882.





VISIÓN

SE sueña, se presente, se adivina,
Estremécese el labio y no la nombra;
El alba la ve huir de la colina
Velada entre los pliegues de la sombra.

Espira el melancólico perfume
De la rosa en un féretro olvidada;
Se deshace en incienso, se consume
A la rápida luz de una mirada.

Hermana de la tarde, pensativa
En el fondo del valle resplandece;
Un instante deslumbra, y fugitiva
En el pálido azul se desvanece.

1871.





PRIMAVERA



COMENZABA á reir la primavera
Cuando, por vez primera,
Casi niños los dos nos conocimos;
Y llegaron las horas venturosas
Que, abiertas con las rosas,
Crecieron á la par con los racimos.

Radiaba de su cándida belleza
Aquel fulgor que empieza
A derramar el sol en la alborada,
Que, al sonrosar la juventud naciente,

Es rubor en la frente
Y rayo de pasión en la mirada.

Yo la dije mi amor el primer día,
(Que entonces no sabía
Ahogar el corazón dentro del pecho),
Vagando por las sendas arboladas
Y frescas enramadas
Donde se eleva su paterno techo.

Ella oyó mis palabras indecisa,
Mas su dulce sonrisa
Trocó de pronto en gravedad severa;
Y tomando un camino sombreado,
Se alejó de mi lado
Desdeñosa, es verdad, pero hechicera.

¡ Oh, qué interno y cruel remordimiento
Nubló mi pensamiento!
Juré, inocente, mi futura enmienda;
Y, hundido de mi culpa en el abismo,
Huyendo de mí mismo,
Tomé del bosque por contraria senda.

¡ Desengaños de amor! ¡ de las pasiones
Amargas decepciones!

¡ Cómo desmaya el corazón herido !
¡ Cómo en torno parece que se siente
 Un sollozo doliente
Que se estrella perenne en el oído !

« ¡ Ah ! ¿ por qué fui con ella tan osado ?
 Decía despechado.
¿ Por qué no supe respetar la calma
De su inocente juventud dormida,
 Y al lago de esa vida
Como una piedra desplomé mi alma ? »

Y vagaba, vagaba á la ventura,
 Como en la selva oscura
Ave extranjera demandando abrigo,
Cuando al doblar la senda tortuosa,
 ¡ Casualidad dichosa !
Yo me encontré con ella, ella conmigo.

Sentí vergüenza, irritación, desprecio
 De mi arrebató necio ;
Y si postrado no caí de hinojos
Y hasta sus plantas no llegué sumiso,
 Fué porque ella no quiso
Llamarme, cual solía, con los ojos.

No : sin mirarme atravesó el camino ;
Y de un rosal vecino,
Una flor escogió, fresca y lozana,
Una rosa encendida, que no era
Sólo copia hechicera,
Sino también de su mejilla hermana.

Pero cuando, al ponerla en su cabello,
Su rosado destello
Se derramó sobre su sien de armiño,
Ciego, loco talvez, aunque no absuelto,
Me adelanté, resuelto
A ofenderla otra vez con mi cariño !

Al sentirme llegar, alzó la frente,
Y casi indiferente,
Como el que al bien una venganza inmola,
Me dijo, el bello rostro sonreido :
— « ¿ Creerás ?... No te he sentido.
¿ Por qué te apartas y me dejas sola ? »

No supe contestarla. Aquel acento...
Mi corazón, sediento
De las visiones que creó soñando...
El reciente dolor... la ofensa impía...

¡ Ay! toda el alma mía
Estalló en su presencia sollozando!

Y ella también, su juvenil cabeza,
 Más bella en su tristeza,
Sobre mi pecho abandonó, llorosa;
Y en aquel arrebató delirante,
 Quedó por un instante
Bajo mis labios la encendida rosa.

— « Tómalas, es toda tuya, » me decía
 Cuando en suave alegría
Nuestro primer dolor se hubo trocado;
Y desde entonces, dichas me parecen
 Enojos que florecen
No bien con dulce llanto se han regado.





OFRENDA



H! yo que en torno de tu sien he visto
Perennemente suspendida el alba,
Y encenderse en el cielo de tus ojos
Como una estrella el esplendor de tu alma,
He querido mi ofrenda de poeta
Consagrar á tu imagen solitaria,
Azucena de luz, donde mi espíritu
Posó temblando sus ligeras alas.





À LA SOMBRA DEL SAUZAL

BRINDA albergue sin igual,
En las siestas del estío,
A las márgenes del río
Melancólico sauzal.

Todo tiene allí la unción
De lo eterno y lo distante,
Y hay un aura refrescante
Que acaricia el corazón.

De las ramas, enarcadas
Bajo el peso de los nidos,
Vuelan trémulos gemidos
Y penumbras sonrosadas.

Sin el ¡ ay! de las congojas,
Sin lo amargo de la pena,
Habla el eco que allí suena
El lenguaje de las hojas.

¡ El lenguaje cuya inquieta
Voz vibrante y sin aliño,
Dialogaba desde niño
Con mis sueños de poeta!

Sed de amor y de reposo
El espíritu allí siente,
Difundido en el ambiente
Como un hálito glorioso.

No han soñado el ideal
Ni su encanto conocieron,
Los que nunca se adurmieron
A la sombra del sauzal.

Blanca virgen, que no esquivas
Las caricias de su dueño,
Al conjuro de un ensueño
Se adelanta pensativa.

Aura errante, placentera
 Mueve la onda luminosa
 De su rubia, de su hermosa
 Desbordada cabellera.

En la sombra se adivina
 El destello que la inunda,
 Y espumosa la circunda
 La flotante muselina.

Suele á veces levantar
 A los cielos la mirada,
 Como tórtola agitada
 Por el ansia de volar.

Y las ramas, que la ven
 Palpitante, de la altura
 Caen en arcos de verdura
 Sobre el arco de su sien.

Y rendidas á su imperio,
 Bulliciosas la consultan,
 Y la elevan, y la ocultan
 En el seno del misterio...

¡ Ah ! su imagen celestial
Es un sueño del estío :
Luz y niebla de algún río,
Divagando en el sauzal !

. 1877.





BASTA Y SOBRA

Tú piensas que te quiero por hermosa,
Por tu dulce mirar,
Por tus mejillas de color de rosa?
Sí, por eso y por buena, nada más.

¿ Que entregada á la música y las flores,
No aprendes á danzar?
Pues me alegra, me alegra que lo ignores;
Yo te quiero por buena, nada más.

¿ Que tu ignorancia raya en lo sublime,
De Atila y Genjis-Khan?
¿ Qué muchacha tan ciega !... Pero, dime :
¿ Si lo supieras, te querría más ?

Bien se están con su ciencia los doctores :
La tuya es el hogar ;
Los niños y la música y las flores,
Bastan y sobran para amarte más.





• Á UNA NIÑA

EN SU ALBUM

“

VERSOS? ¡ y tienes dieciseis años !
Mira, los versos mejores son :
No tener penas ni desengaños;
Vivir esclava de una ilusión.

•

Cantos alados, rimas inquietas,
Desde tu seno vienen á mi :
Más que en la lira de los poetas,
Hay armonías dentro de tí.

•

Deja que vuele tu fantasía,
Pon en sus alas todo tu sér,
Que allí se encuentra la poesía
Donde va el alma de una mujer.

Nunca las bellas formas ligeras
Que los poetas hacen vivir,
Vierten la lumbre de esas quimeras
Que hay en el fondo del porvenir.

Duérmete, y sueña. Mientras reposas,
Verás cual vuelan en derredor,
Como un enjambre de mariposas,
Tus ilusiones de flor en flor.

Hay en la vida sólo una hora
De inexplicable santa embriaguez,
Y es cuando el alma como una aurora
Rompe las sombras de la niñez.

Se aclaran, brillan los horizontes ;
Sienten las selvas vaga inquietud ;
Florece el día sobre los montes ;
¡ Ama y palpita la juventud !

¡ Santos delirios ! De esos engaños
 Huye vencida la inspiración :
 Cuando se tienen tan pocos años,
 No hay mejor lira que el corazón.

1879,





EL NIDO DE BOYEROS

Á MERCEDES OBLIGADO

Yo conozco en las islas un arroyo
Eternamente límpido y sereno,
Que parece, tendido entre los sauces,
Larga cinta de acero.

Sonrien al pasar todas sus aguas
Del camalote azul bajo el reflejo,
Y del rosal silvestre se iluminan
Al cárdeno destello.

En la vecina estancia hay una niña
De trece años lo más, quizá de ménos,
Muy dada á pasear por el arroyo
Tranquilo de mi cuento.

Se la ve en la canoa, (una canoa
Pequeña y blanca, con filetes negros),
Reclinada en la popa, y con la pala
Que la sirve de remo.

Unas veces, bogando lentamente
Por la margen, la lleva su deseo
A elegir una flor, y va regando
Las aguas con sus pétalos.

Otras, impulsa con vigor la pala,
Quedan detrás girando mil hoyuelos,
Y al aire se desatan en manojos
Sus lúcidos cabellos.

Perturban el silencio de las islas,
Sus gritos y sus risas, que los ecos
Con musical cadencia desparraman
Vibrantes á lo lejos.

Fatigada abandona, destilando,
Sobre la falda atravesado el remo;
Y tal, semeja un cisne que dispone
Las alas para el vuelo.

Suele verme al pasar, y me amenaza,
Finjiéndose enojada, con el dedo;
Del recodo inmediato, vuelve el rostro
Y me grita : « hasta luego ! »

Pero ayer sucedió que mientras iba
Buscando sombras para el sol de Enero,
Vió colgado á un laurel, sobre las aguas,
Un nido de boyeros.

Era hermoso, en verdad : resplandecían
Las fibras del cardón en largo cesto,
Y al rumor del laurel se columpiaba
Con la igualdad de un péndulo.

La niña, puesta en pié sobre la popa,
Tendió los brazos á bajarlo en ellos,
Pero desvióle el nido una imprevista
Trepidación del viento.

Ya las mangas caídas, los desnudos
Mórbidos brazos levantó de nuevo,
Y, balanceada entonces la canoa,
La derribó en su asiento.

Irguióse al punto, en actitud airada,
Golpeóla fuerte el corazón el pecho,
Y alzó la pala á derribar el nido,
Con implacable ceño.

Sobre la copa del laurel, un ave
Negra y brillante, reposó su vuelo ;
Y por todas las islas resonaron
Los cantos del boyero.

Llevó la joven al cantor los ojos,
Bajó la pala y escuchó en silencio...
¡ Qué intensas van las amorosas notas
De las niñas al seno !

Oyó después, cuando callada el ave,
Embebecida se quedó un momento,
Salir del nido un delicioso y blando
Susurro de polluelos.

— « ¡ Ah, no duermen! » se dijo, y con la pala
Ingenuamente se entregó á mecerlos...
Pero vióme de pronto, y encendida
Abandonó su empeño.

Sucede desde ayer que mi vecina,
Al volver lentamente de regreso,
No me quiere mirar, ni me amenaza
Como antes, con el dedo.

Es inútil negarme tus miradas,
Valiente remadora de ojos negros.
No dormirás ya en paz, porque conoces
El nido de boyeros.





ACUARELA

Es la mañana : nardos y rosas
Mueve la brisa primaveral,
Y en los jardines las mariposas
Vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
Va á juntar flores para mamá,
Y es tan hermosa que hasta la aurora
Vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavelina,
De pensamientos y de arrayán,
Gira su traje de muselina,
Su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
Y cuando en ellas no caben más,
Con su tesoro de mil colores
Vuelve á los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
Sus dos mejillas se ven brillar,
Y la persiguen las mariposas
Que en los jardines vienen y van.





AL PARTIR

Es verdad que te ausentas de la patria
Donde á la aurora, por primera vez,
El sol de Mayo te envolvió en su lumbre
Y allá en la cuna te besó la sien ?

¿ Es verdad que te apartas de ese nido
En cuyos bordes, aleteando ayer,
Ensayaba su vuelo sobre el mundo
La bulliciosa y virginal niñez ?

¡ Ah ! si vas á partir, no habrás podido
Mirar el cielo sin llorar después !
¡ Esas nubes que pasan, nadie sabe
Si cuando vuelvas volverán también !..

De la tierra extranjera el horizonte,
¡ Cuán triste, opaco y silencioso es !
¡ Y cuán lleno de luces y armonías,
El alto cielo que nos vió nacer !

¡ Ah ! cuando sientas que te oprime el alma,
Con férrea mano, la ansiedad cruel,
Tórtola ! vuelve las ligeras alas,
Y al dulce nido de tu infancia ven !

1877.





SANTOS VEGA

(Tradiciones argentinas)

Santos Vega el payador,
Aquel de la larga fama,
Murió cantando su amor
Como el pájaro en la rama.

Cantar popular.

I^o

EL ALMA DEL PAYADOR *



UANDO la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente

* *Payador* : trovador.

Sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena.
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra,
Con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna
Para la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio,
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el cruce del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto

Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hiere al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
Las brillazones remedan *
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río;
Mudo, abismado y sombrío,
Baja un ginete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega á las márgenes solas...
Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra á la espalda !

Si entonces cruza á lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario, algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y, alzando en vez de sus cantos
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura :
« ¡ El alma del viejo Santos ! »

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,

* *Brillazon* : espejismo.

Y el pampero he respirado
Que el payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que á mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega
La convicción de que es mía
La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega !

II

LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta : inflamado
El horizonte fulgura,
Y se extiende en la llanura
Ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
Y del inmenso circuito
No llega al alma otro grito
Ni al corazón otro arrullo,
Que un monótono murmullo,
Que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano.
Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello,
Y chispeando en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello.

¿ Dónde va ? Vese distante
De un ombú la copa erguida,
Como espiando la partida
De la luz agonizante,
Bajo la sombra gigante
De aquel árbol bienhechor,
Su techo, que es un primor
De reluciente totora,
Alza el rancho donde mora
La prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
Meditabunda le espera,
Y en su negra cabellera

Hunde la mano rosada.
Le ve venir : su mirada,
Más que la tarde, serena,
Se cierra entonces sin pena,
Porque es todo su embeleso
Que él la despierte de un beso
Dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
Toca la frente querida,
Y vuela un soplo de vida
Por el ramaje callado...
Un ¡ ay ! apenas lanzado,
Como susurro de palma
Gira en la atmósfera en calma;
Y ella, finjiéndole enojos,
Alza á su dueño unos ojos
Que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento
Quedó la Pampa en reposo,
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento.
Luego, en el dulce instrumento
Vibró una endecha de amor,

Y, en el hombro del cantor,
Llena de amante tristeza,
Ella dobló la cabeza
Para escucharlo mejor.

« Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía),
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana ;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna ;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños ;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.

« Yo soy la música vaga
Que en los confines se escucha,
Esa armonía que lucha
Con el silencio, y se apaga ;
El aire tibio que halaga
Con su incesante volar,
Que del ombú, vacilar
Hace la copa bizarra ;
Y la doliente guitarra
Que suele hacerte llorar !...

Leve rumor de un gemido,
 De una caricia llorosa,
 Hendió la sombra medrosa
 Crujió en el árbol dormido.
 Después, el ronco estallido
 De rotas cuerdas se oyó
 Un remolino pasó
 Batiendo el rancho cercano;
 Y en el circuito del llano
 Todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
 Se levantó la alborada,
 Con esa blanca mirada
 Que hace chispear el rocío
 Y cuando el sol en el río
 Vertió su lumbre primera,
 Se vió una sombra ligera
 En occidente ocultarse,
 Y el alto ombú balancearse
 Sobre una antigua tapera *.

* *Tapera* : ruina.

III

LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento;
En el amplísimo asiento
Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos;
Ante Vega se detienen;

En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;
Y hacen señas no hagan ruido
Los que están á los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega
A palpar á Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima á la guitarra
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que á Vega cerca,
Un ginete que se acerca
A la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador;
Y aunque el grupo, en su estupor,
Contenerlo pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

Reci3n el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Y, observ3ndole, sintieron
Temblar las carnes de frío.
Mir3 en torno con bravío
Y desenvuelto adem3n,
Y dijo : — « Entre los que est3n
No tengo ning3n amigo,
Pero, al fin, para testigo
Lo mismo es Pedro que Juan. »

Alz3 Vega la alta frente,
Y le contempl3 un instante,
Enseñando en el semblante
Cierta hastío indiferente.
— « Por fin, dijo friamente
El reci3n llegado, estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasi3n, que 3stos provocan,
De saber c3mo se chocan
Las canciones que cantamos. »

Así diciendo, enseñ3
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos

Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía
« La he besado hace un momento. »

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero).
Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba.
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derrañados,
La embriaguez á los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor; y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Como un aleteo inmenso.
Luego, en un prelude intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó de las auroras

Y las tardes pampëanas,
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispëaron sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,
Fué á sentarse, medio envuelto
Por las rojas llamaradas.
¡ Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon !
¡ Cuántos ecos despertaron
En la Pampá misteriosa,
A esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron !

Era aquella esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que va, en pos del ideal,
Como el cóndor á los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la Pampa ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado;
La promesa del arado
Que abre cauces á la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto,
Mil ciudades el desierto
Levantaba de sí mismo.

Y á la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

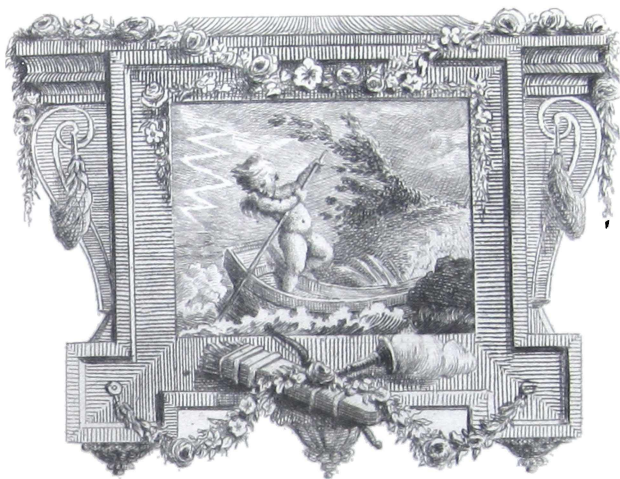
Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso,
E, inclinando el rostro hermoso,
Dijo : — « Sé que me has vencido. »
El semblante humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió á la joven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entonó su postrer canto :

— « Adiós, luz del alma mía,
Adiós, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía ;
Adiós, mi única alegría,
Dulce afán de mi existir ;
Santos Vega se va á hundir
En lo inmenso de esos llanos...

Lo han vencido ! Llegó, hermanos,
El momento de morir. »

Aun sus lágrimas cayeron
En la guitarra, copiosas,
Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron ;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre les ramas
En serpiente, Juan Sin Ropa,
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aún cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron,
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo ;
Pero un viejo y noble abuelo,
Así el cuento terminó
— « Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció. »



EL CANTO DE LAS OLAS

(*Deville*)

HIJAS volubles de la mar, tenemos
Caprichos y caricias de mujer :
Hijas volubles de la mar, sentimos
Sus cóleras arder.

Cual las jóvenes madres en su seno,
De vida henchido y amorosa fe,
Mecen, gimiendo de ternura, al niño
Que acaba de nacer ;

Así, con suave ondulación, mecemos
En nuestros brazos al gentil bajel,
Mientras lo impulsa á la remota playa
 Nuestro eterno vaivén.

Pero á veces, en cólera encendidas,
Cómplices ¡ ah ! del huracán soez,
Como juguetes frágiles, hacemos
 Los mástiles caer.

Y allá, en la airada tempestad, abrimos
Negras tumbas del náufrago á los pies,
Que alza sus brazos á los dioses... ¡ y ellos
 No lo escuchan ni ven !

Viejas ya sobre el mundo, y siempre jóvenes,
Guardianes del abismo, hoy como ayer,
Mudo vela el secreto de sus ántros
 Nuestro silencio fiel.

Sirenas encantadas, atraemos
A los que tienen, en su extraña sed,
Esta mar voluptuosa por querida
 Y el cielo por dosel.

Y siempre, siempre en los futuros siglos,
Cuando la tierra muera de vejez,
Nuestros cantos de amor oirá la tarde,
Y de muerte también !

¡ Hijas volubles de la mar, tenemos
Caprichos y caricias de mujer :
Hijas volubles de la mar, sentimos
Sus cóleras arder !





ESTROFAS

BIEN pronto, hermosa, y con risueño orgullo,
De los quince años en la edad florida,
De tu belleza se abrirá el capullo
A los cálidos vientos de la vida.

Y cual banda de azules mariposas
Que el aire abate sobre el valle ameno,
Las ilusiones bajarán radiosas
En ledó enjambre á acariciar tu seno.

¡ Las ilusiones, que en las noches bellas,
Con alas invisibles se adelantan,
Y secretos que saben las estrellas
En los oídos de las niñas cantan !

Placer y pena sentirás y enojos ;
A los contentos mezclarás dolores ;
Se llenarán de lágrimas tus ojos
Para regar de tu pasión las flores.

Feliz te harán las lágrimas lloradas,
Porque en la edad á que triunfante subes,
Son los dolores nubes sonrosadas,
Y las lágrimas, gotas de esas nubes.

1874.





NOCTURNO



O! dulce amiga del triste,
Ligera brisa nocturna,
Que vas diciendo á las flores
Lo que otras flores pronuncian !

¡ Infatigable viajera
Que en la sombría espesura
Vuelas, contando á las hojas
Lo que otras hojas susurran !

¡ Errante soplo, que ríos
Y mares rápido cruzas,
Para confiar á las olas
Lo que otras olas murmuran !

¡ Ah! vén á mí, pues repites
Cuanto en las sombras escuchas,
Vén á decir á mi alma
Lo que en otra alma se oculta !

¿ Acaso llora en silencio
Lágrimas ¡ ay ! de ternura,
Y mira inmóvil los astros
Como el ciprés de las tumbas ?

¿ Acaso, puesta de hinojos,
Las manos trémulas juntas,
Está rogando al Dios bueno
Que nos proteja y nos una ?

¡ Oh, dulce amiga del triste,
Ligera brisa nocturna,
Que vas batiendo las alas
Entre la sombra confusa !

Dila que siempre en mi oído
Su voz dulcísima arrulla ;
Que en el cristal de mi alma
Es como un iris la suya ;

Y que en la flor entreabierta
De la esperanza, se juntan,
Como dos gotas de llanto,
Como dos rayos de luna!





SÓLO TÚ

Tú, que enjugas la lágrima vertida
Por la miseria y la orfandad, y tienes
Para todos los males de la vida
La desbordante copa de los bienes ;

Tú, que has nacido para hollar triunfante
De los salones la mullida alfombra,
Y desdeñando tu victoria, errante
Vas á buscar al huérfano en la sombra ;

Tú, que abates do quiera los dolores,
Que en toda noche viertes un destello,
Y eres pródiga, en fin, como las flores,
Que dan su aroma sin pensar en ello ;

Tú eres mi amada, la visión celeste
A quien he dado del amor la ofrenda,
Y cuya blanca y vaporosa veste
Cruzar he visto por mi misma senda.





AL POETA AMERICANO

NUMA POMPILIO LLONA

Autor de la *Odisea del alma*.



UN resuena en el fondo de mi pecho
Ese apóstrofe inmenso de tu alma!
¡Aun chispea mi espíritu, encendido
En el rayo vivaz de tu palabra!

Hoy que el fuego del genio me circunda,
Hoy que azota mi frente con sus llamas,
¡ Cómo laten mis sienes ! ¡ cómo hierve
Tumultuosa mi sangre americana !

¿ Qué volcán, en los Andes inflamado,
Dió á tu pecho el aliento con que abrasas ;
Y qué eléctrica nube tempestuosa,
La tremenda explosión de la borrasca ?

¿ En qué selva del trópico lujoso,
En qué oculta sonora catarata,
Aprendiste la música sublime
Que en tus versos suspende y embriaga ?

¡ Oh, dímelo, poeta !... Muchas veces,
En las llanuras de mi hermosa patria,
He ofrecido á los vuelos del pampero,
Para arrancarle su rugido, el arpa.

¡ Vano empeño ! Jamás la lira mía
Exhaló de sus cuerdas agitadas

Ardiente grito, como aquel que rompe
De la imponente soledad la calma.

Dime, cóndor audaz del pensamiento,
En qué nube, en qué aurora, en dónde se hallan
Esos tintes de espléndida belleza,
Que yo puedo tender allí mis alas !

Si ; yo siento también, como tú sientes,
De la suprema inspiración las ansias ;
Un incendio en mi mismo, que deslumbra
Como un astro deshecho en llamaradas !

Y, admirando la lira de la Grecia,
Que las piedras y fuentes apartaba,
He soñado el poeta á cuyo acento
Se suspenda en silencio el Tequendama !

¡ El Poeta inmortal del Nuevo Mundo,
Que recorra sus sendas ignoradas .
Con el alma de América en los labios,
Con el fuego de Dios en la mirada !

¡ El Homero, cantor de sus victorias,
Que, por cima del humo y la metralla,
Clave audaz en el Sol nuestra bandera ;
En el Sol, que es la cuna de Atahualpa !

¡ Ah ! talvez eres tú ! Quizá en tu lira
Duermen todos los himnos que levanta
De su hirviente cristal, el Amazonas ;
De su oléaje turbulento, el Plata ;

Quizá duermen los genios que suspiran
Del argentino Paraná en las playas ;
Los que ciñen, tejiendo hebras de fuego,
Deslumbrante diadema al Aconcagua !

Quizá gimen los vientos, ¡ ay ! los vientos
Cargados con las sombras y las lágrimas
Que las nubes del cielo de la América
Dejan caer en las dolientes huacas * ;

Y resuena el magnífico concierto
De tu espléndida tierra ecuatoriana,

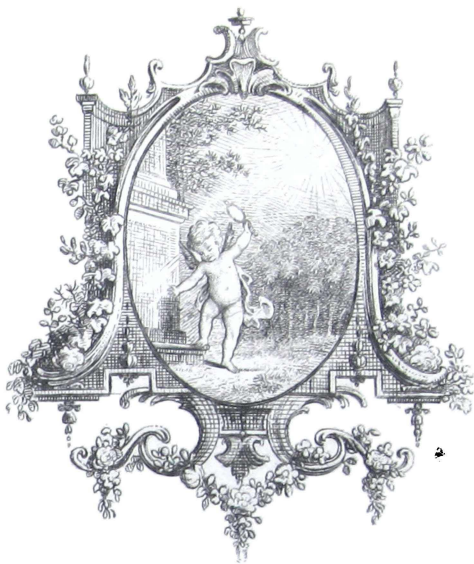
* *Huaca* : tumba.

Allí donde se yergue el Chimborazo
Y el Sol del Inca á coronarle baja !...

¡ Salve, cóndor audaz del pensamiento !
Dígnate descender hasta mi estancia :
¡ Que yo toque contigo las estrellas,
Aunque ruede después bajo tus alas !

1876.





ADOLESCENTE

LEJOS se oculta à mis ojos,
Lejos se oculta mi vida,
Copo de espuma llevado
Por las corrientes dormidas!

Su blanca imagen las horas
De mi pasado ilumina,
Vagando lejos, vagando
Por las barrancas floridas.

Allí el rumor de sus pasos
En las quebradas palpita,
Y de su falda el susurro
Vuela temblando en las brisas.

Allí, como antes, rénacen
Y la hondonada tapizan,
Aquellas flores, aquellas
De sus desvelos de niña !

Aun sueño verla inclinada
En la gredosa colina,
Donde, en las tardes de Octubre,
Iba á juntar margaritas.

Las agrupaba en su seno,
Luego á mi encuentro venía,
De su sombrero de paja
Volando al aire las cintas.

— « Son para tí, muchas veces
Burlándose, repetía,
¿ Ves? las muy rojas son tuyas;
Estas más claras son mías. »

Iba á tomarlas, pero ella
Las ocultaba, y decía :
— « Sobre mi seno se duermen ;
Fuera de aquí se marchitan. »

Y, vacilando, en la puerta
De la paterna capilla :
— « Hoy no son nuestras las flores,
Son de la Virgen María... »

¡ Lejos se oculta á mis ojos,
Lejos se oculta mi vida,
Copo de espuma llevado
Por las corrientes dormidas !

Guardan los bosques cercanos
Recuerdos de ella en rüinas :
Los viejos nidos, los dueños
De sus primeras caricias !

Sí, pero faltan les aves
Que, pequeñuelas, solían
Entre sus manos de nieve
Batir las pardas alitas.

Talvez en árbol lejano
Las baña el sol de la dicha,
Y no se acuerdan de aquella
Que las bañaba en sonrisas.

Mas, aunque ingratas la olviden,
Está su nombre en mi lira,
Y en su inocente recuerdo
Mi pensamiento se abisma.

1877.





LA FLOR DEL SEÍBO

AL POETA CALIXTO OYUELA

Quiero realce su gentil figura
La túnica sencilla y elegante
Con que se adorna y viste la hermosura.

C. OYUELA.



TU « Flor de la caña »,
O Plácido amigo,
No tuvo unos ojos
Más negros y lindos,

Que cierta morocha
Del suelo argentino
Llamada... Su nombre
Jamás lo he sabido ;
Mas, tiene unos labios
De un rojo tan vivo,
Difúndesé' de ella
Tal fuego escondido,
Que aquí, en la comarca,
La dan los vecinos
Por único nombre,
La flor del seibo.

Un día, — una tarde
Serena de estío, —
Pasó por la puerta
Del rancho que habito.
Vestía una falda
Ligera de lino ;
Cubríala el seno,
Velando el corpiño,
Un chal tucumano
De mallas tejido ;
Y el negro cabello,
Sin moños ni rizos,
Cayendo abundoso,
Brillaba ceñido

Con una guirnalda
De flor de seibo.

Miréla, y sus ojos
Buscaron los míos...
Talvez un secreto
Los dos nos dijimos,
Porque ella, turbada,
Quizá por descuido
Su blanco pañuelo
Perdió en el camino.
Corrí á levantarlo,
Y al tiempo de asirlo,
El alma inundóme
Su olor á tomillo.
Al dárselo, « gracias,
Mil gracias ! » — me dijo,
Poniéndose roja
Cual flor de seibo.

Ignoro si entonces
Pequé de atrevido,
Pero ello es lo cierto
Que juntos seguimos
La senda, cubierta
De sauces dormidos ;

Y mientras sus ojos,
Modestos y esquivos,
Fijaba en sus breves
Zapatos pulidos,
Con moños de raso
Color de jacinto,
Mi amor de poeta
La dije al oído;
Mi amor, más hermoso
Que flor de seíbo !

La frente inclinada
Y el paso furtivo,
Guardó aquel silencio
Que vale un suspiro.
Mas, viendo en la arena
La sombra de un nido
Que al soplo temblaba
Del aire tranquilo,
— « Allí se columpian
Dos aves, me dijo ;
Dos aves que se aman
Y juntas he visto
Bebiendo las gotas
De fresco rocío
Que absorbe en la noche
La flor del seíbo. »

Oyendo embriagado
Su acento divino,
También, como ella,
Quedé pensativo.
Mas, como en un claro
Del bosque sombrío,
Se alzara, ya cerca,
Su hogar campesino :
Detuvo sus pasos,
Y, llena de hechizos,
En pago y en prenda
De nuestro cariño,
Hurtando á las sienas
Su adorno sencillo,
Me dió, sonrojada,
La flor del seíbo.

1876.





PRIMERA LÁGRIMA .

HAS llorado recién. ¿ Por qué has llorado?
No me digas que no :
Lo estoy viendo en tus ojos, lo estoy viendo
En tu mismo rubor.

Una niña es pimpollo á los quince años.
Quince años cumples hoy,
Y olvidas que en las flores no hay más lágrimas
Que el rocío de Dios.

Empero, no te aflijas; de ese llanto
Conozco la razón :
Una noche de insomnio, una quimera
Celeste que pasó;

El alba en el espíritu ; las sombras
Girando en derredor ;
Raudales que de súbito despiertan
La sed del corazón...

¿ Y por eso has llorado ? Así es la vida
En su primer albor :
Un crepúsculo azul donde batalla
La noche con el sol.

No te asuste la lucha. Verás luego,
Del cielo en la extensión,
Desplegarse en las nubes las banderas
Del astro vencedor.

Seca, pues, en tus ojos esas lágrimas
Que la ansiedad vertió ;
Para vencer las sombras de la vida
Hay un astro : el amor.

Guarda el llanto en tus párpados de rosa,
Que es tesoro de Dios,
Como esconde la gota de rocío
En su seno, la flor.

No lo viertas en vano, porque un día,
¡ Ay ! un día sin sol...
Pero ¿ á qué entristecerte ?... ¡ No más penas !
¡ Quince años cumples hoy !

1877.





ADIÓS

ADIÓS, hermana, adiós! El alma mía
Vela de tu bajel sobre la popa,
Como la blanca estrella que te guía
A las distantes playas de la Europa.

Ella, del mar en la rugosa frente,
Aplacará las iras; y en su anhelo,
Disipará las nubes de occidente
Para que ría á tu mirada el cielo.

Ella, á la luz de la mañana hermosa,
Que en los cristales de la mar se quiebra,
Te ceñirá á la frente generosa
Vivo rayo de sol, hebra por hebra.

Y ella será también la que consuele
Las amarguras de tus noches solas,
Mientras la nave destrozando vuela
El arco móvil de las blandas olas.

¡ Adiós, hermana, adiós ! Alma sincera
Donde la santa caridad se anida,
Ese foco de luz que reverbera
En todas las tinieblas de la vida !

¡ Oh, cuánto debo á tu piedad ! Enfermo,
Y triste y débil, en mi noche helada,
Sobre mi pecho desolado y yermo
Derramaste la fe de tu mirada.

Ningún gemido de dolor se escucha
Desde entonces en él, y aunque enlutado,
Tiene el noble valor para la lucha
Que tu sencillo corazón le ha dado.

Canción materna, que en el aura inquieta
Vuela á cerrar los párpados del niño,
Tal era, en el insomnio del poeta,
El arrullo infantil de tu cariño.

Hoy no escucho esa voz. Sólo mi alma,
Como la espuma con la brisa leda,
En cada ola de la mar en calma
Bajo tus ojos pensativos rueda.

¿ La ves? ¿ la sientes? de la mar vecina,
¿ No llega á tí su celestial plegaria?
— « Protéjela, Señor! es peregrina,
Y va enferma y doliente y solitaria! »

1878.





EL NARANJO Y EL CEDRO

*(Leyenda bíblica)**



ERA de la Creacion el cuarto día :
La luz primaveral, tibia y rosada,
A torrentes sobre ella descendía
En ondas derramada.

Y era entonces tan puro el firmamento,
Que, en presencia del sol y tras sus huellas,
Agrupadas y en blando movimiento
Lucían las estrellas.

* Esta composición fué escrita para el album de la Señora J. M. Gorroti, y el asunto ha sido tomado de sus obras.

Ya, agitando el cristal de sus entrañas,
Los mares en su cuenca rebullían,
Y se alzaban gigantes las montañas,
Y los valles se hundían.

Y el Eterno sonrió : trémula y pura,
La tierra su sonrisa trocó en flores ;
Vistiéronse los montes de hermosura,
De selvas y de albores.

Dios entonces abarcó los horizontes
Con su inmensa mirada : y se postraron
Las hierbas y las selvas y los montes,
Y su gloria cantaron.

Y al Cedro del Sanir, con voz suave
Dijo el Naranjo del Edén : « ¡ Bendito
El Señor, que elevó tu cima grave
Hasta el cielo infinito !

Tendió sus ramas de occidente á oriente,
Dió á tu savia un espíritu ignorado,
Y existencia immortal. — ¡ Alza la frente,
O rey de lo creado ! »

Y las cándidas flores se entreabrieron,
Y las hierbas humildes se inclinaron,
Y las selvas sonoras se mecieron,
Y su gloria cantaron.

Las verdes ramas inclinando entonces,
Le dijo el Cedro : « Tu belleza admira ;
Te dió el Eterno un pedestal de bronce
Que incólume se mira.

Tus hojas hizo de esmeraldas ; de oro,
Tus dulces frutos ; y en su amor profundo,
Le dió su aroma al azahar. ¡ Te adoro,
Incensario del mundo ! »

Y las cándidas flores se entreabrieron,
Y las hierbas humildes se inclinaron,
Y las selvas sonoras se mecieron,
Y su gloria cantaron.



EL HOGAR VACÍO

Ay! tu hogar está húmedo y sombrío
De tu encanto vacío,
De todos tus reflejos despojado!
¡ El aire que agitaba tus cabellos,
Como no juega en ellos,
Circula entre los árboles callado!

Se caen marchitas al abrir las rosas
Que, frescas y olorosas,
Ayer reían en tus sienes bellas;
Y crecen las acacias tan lozanas,
Que cubren las ventanas
Por donde nos miraban las estrellas.

Como uno y otro día no te vieron,
Tus tórtolas huyeron,
Aquellas que, amorosas y sencillas,
Sobre tu casto seno se empinaban,
Y tus labios besaban
Golpeando con sus alas tus mejillas.

¡ Quién sabe dónde están, á dónde han ido
A suspender su nido !
Extrañas son las que en el bosque moran,
Las que se mecen en sus verdes cañas,
Y á tu recuerdo extrañas,
Las que en tu sauce predilecto lloran.

Todavía aquel árbol eminente,
Sobre el balcón saliente
Deja, inclinado, que su copa oscile ;
Pero ya no entrelazan en los muros
Sus vástagos oscuros
La madreSelva y el jazmín de Chile.

Crece hierba salvaje en las macetas,
Colmadas de violetas,
Que tú regabas al morir el día ;

Y ruedan por los patios desbandadas
Las hojas arrancadas
De aquel naranjo que tu edad tenía.

Las limpias aguas del raudal cercano,
Que en tu rosada mano
Beber solías con afán sonriente,
Cuando del linde de tu hogar se alejan,
Parece que se quejan,
Que van llorando por su dueña ausente.

¡ Las olas son que en apacibles horas,
Copiaron, seductoras,
De tu frente de niña la azucena !
¡ Las mismas olas que no bien llegaban,
Tendiéndose, buscaban
Algún hoyuelo de tu pié en la arena !

Como en los días del ardiente Enero,
La jaula del jilguero
Aun cuelga del parral, fresco y umbroso ;
Pero ¡ ay ! en vez del que quisiste tanto,
Hay otro cuyo canto
Es un gemido de dolor medroso.

Así mi lira llorará tu ausencia.
 Tu cándida existencia
Cual blanca nube se elevó del suelo
Y en lo infinito desplegó sus galas...
 Los que nacen con alas,
¡ Qué pronto suben de la tierra al cielo !

1880.





EL MANANTIAL

Aquí, mirando el cristal
De tus aguas sin rumores,
Soñaba en días mejores,
Solitario manantial.

La luna, triste, vertía
Su rayo sobre mi frente,
Y en tu seno transparente,
Deshecha, se difundía.

El aura, tímida y grata,
Llena de aromas distintas,
Alzaba rápidas cintas
En tu círculo de plata.

Y entonces, la ola de armiño,
Por tu disco resbalando,
Te rodeaba suspirando
Con el suspiro del niño.

¡ Cuántos años han huido !
¡ Cuánta pena tiene mi alma !
Y tú siempre, siempre en calma,
Como ayer, adormecido.

Como antes, las margaritas
En tus orillas verdescen,
Y extendiéndose, florecen
Sobre tus aguas benditas.

Como antes, cándida y bella,
Baja en la noche estival,
A bañarse en tu cristal,
La melancólica estrella.

Como antes, oculta aquí,
En el arbusto florido,
Las dos perlas de su nido
El errante colibrí.

Así, en los años distantes
De la infancia, me reías...
¡ Ah ! qué tiempos ! ¡ qué alegrías !...
¡ Sólo yo no estoy como antes !

Deja que bañe mi frente,
Ya por el tiempo quemada,
En la linfa regalada
De tu seno transparente.

Y que en tus olas de armiño
Vea las aves bañarse,
Y como antes, reflejarse
Mis ilusiones de niño.

Respiro en tí la fragancia
Que yo aspiré alguna vez :
El aura de la niñez,
Los recuerdos de la infancia.

Viene á herir mi fantasía,
A conmoverme un instante,
El beso tibio y fragante
De la dulce madre mía.

Y mis primeros amores,
Que viven dentro de mi alma
Como la savia en la palma
Y la fragancia en las flores.

Por eso, como el zorzal
Expatriado de su nido,
Hoy te canto entristecido,
Solitario manantial.

1873.





AMÉRICA

I

PARA cantar de América la bella
La fe profunda y el amor que inspira,
Para volcar el alma en vibraciones
Como la vuelca en sus torrentes ella,
No hay notas en la lira,
Ni férvidas canciones

En sus cuerdas, mojadas
Con el llanto de cien generaciones.

El trueno del torrente,
Del huracán el rápido estallido,
La tempestad enérgica y ardiente,
Esconden en su entraña
El mágico sonido
Que el alma busca, y en el aire siente,
Para arrullar de América el oído.

Todo es gigante en su fecundo seno :
Su pasado, que vierte en la memoria
El rojizo esplendor de la centella,
O produce en el ánimo sereno
Esa sed de admirar, que apenas sacia,
En raudales de luz, su misma gloria.
Todo es gigante en ella :
Los héroes y la historia
Y la sublime eterna democracia!

¡ Ah ! miradla pasar ! Esa bandera
Que muestra sobre el polvo del camino
Su regia pompa y majestad guerrera,
Ondula el soplo del amor divino !

El porvenir la llama !
El porvenir, que abiertas
Dejó á su marcha las doradas puertas
Que injusto un día le cerró el destino !

Para animar su paso
Y templar su valor en la batalla,
En la selva, en el monte,
Y en el círculo azul del horizonte,
El himno inmenso de la vida estalla !

¡ Ah ! por eso, en la arena,
Como un león en su salvaje lecho,
El Plata tiende su robusto pecho
Y sacude bramando su melena !

Y por eso su espuma,
Como rizada pluma,
Agita el blando y sonoro Rímac,
El Niágara convulso se derrama,
Y en tanto que susurra el Apurímac,
Se despeña tronando el Tequendama !

II

Allá, yérguese altivo en su regazo
El viejo audaz de corazón de piedra,
A cuya cima ni la astuta hiedra
Ha podido trepar, — el Chimborazo!
Su frente de granito
Donde el sol de los trópicos chispea,
Por cima de las nubes centellea
Y parece horadar el infinito !

A solas con el cielo,
Mira á sus plantas dilatarse un mundo ;
Hervir los pueblos ; reposar los mares ;
Tenderse por el suelo,
Alfombra digna de sus pies, las selvas ;
Rodar por las montañas
De los torrentes los raudales fríos ;
Y desplegarse entre flexibles cañas,
La franja azul de los serenos ríos.

En derredor de la nevada cumbre,
Fragancias tropicales
Volando esparce el aromado viento ;
En las eternas nieves
Refresca ansioso su abrasado aliento,
Y las cuestas vecinas
Bajando con sonoro movimiento,
Se derrama por valles y colinas.

Sobre la altiva frente esplendorosa
Del augusto titán americano,
Viva aureóla que en la sien gloriosa
De América se enciende,
Es fama que del cielo ecuatoriano
El Sol del Inca á reposar descende.

Un día... sólo un día,
Se conmovió en su base sempiterna,
Echó el manto de nubes á la espalda,
Y tendió en la llanura de esmeralda
Su mirada sombría.

Rivales de su gloria,
Y midiendo su talla por su talla,
Frente á frente tenía

A Bolívar, de fuego en la victoria,
Y á San Martín, de bronce en la batalla.

III

¡ Un gigante de pie, y otro caído !...
Mensagero eternal de la grandeza
Con que Dios nuestra América ha vestido,
Por las cálidas zonas,
Radiante de belleza,
Se tiende y se dilata el Amazonas !

Guirnalda de sus húmedas riberas,
Cargadas de rumores,
Los bosques, que los siglos no marchitan,
Destrenzando sus verdes cabelleras
Le arrojan al pasar todas sus flores.

En el vasto paisaje
Por sus rápidas ondas sacudido,
Y del ave en el mágico plumaje,
El trópico derrama,

En soberbia explosión de colorido,
Los mil cambiantes de su eterna llama.

El himno de las aves ; de las flores
El beso soñoliento ;
La palmera, que tiembla enamorada
Bajo el ala del viento ;
Cuanto encuentra en su marcha dilatada,
Cuanto guarda el edén de sus delicias,
Al gigante enamora ;
Pero él sabe arrancarse á sus caricias,
Lanzándose al oriente
Como si fuera en busca de la aurora
Para atarla al cristal de su corriente !

IV

¡ Silencio y soledad, misterio y calma !..
Lo infinito en la tierra y en el cielo ;
La presencia de Dios dentro del alma ;
La plenitud del vuelo !
La extensión y la faz del océano

En inmóviles ondas de verdura...
Hé ahí la llanura,
Orgullo de la patria de Belgrano !

Amada del pampero,
Ella guarda para él todas sus galas,
Y él arrulla el silencio de sus horas
Con la música eterna de sus alas
Vibrantes y sonoras !

Al rayo de la luna,
Sobre la verde y dilatada alfombra,
Surgiendo del vapor de la laguna,
Cruzar parece la doliente sombra
De *Brian* y de *Maria*...
¡ Dulce amor del desierto !
¡ Infinito del alma en lo infinito
De su imponente majestad sombría !
¡ Cómo su vago resplandor incierto,
Al corazón revela
Que el espíritu aún de Echeverría
De loma en loma sollozando vuela !...

Los siglos, en su paso por el mundo,
No vertieron las fuentes de la vida

En el seno fecundo
De la Pampa dormida :
La hollaron en silencio... y en silencio,
Al amparo de Dios, yaçe tendida.

¿ Qué mano bienhechora
La arrancará al letargo de su sueño ?
¿ El rayo de qué aurora
Disipará las sombras que la envuelven
Y humillan con su peso ?
La mano de sus hijos ;
La aurora germinante del progreso !

Ella duerme y espera
Del pueblo de su amor sentir la planta,
Que á través del desierto se adelanta,
Por lomas y ribazos,
Para abrirse á la luz de la existencia,
Para erguirse gigante en su presencia,
Para alzarlo también entre sus brazos !

V

¡ Escuchad ! escuchad ! Largos rugidos
Pasan, del aire sacudiendo el vuelo,
Cual si allí se arrastrara por el suelo
Extraña catarata de sonidos !
¿ Por qué tiemblan en torno los pinares ?
¿ Qué horror sublime los espacios puebla ?
¿ Por qué el iris de paz, gloria del cielo,
Ríe atado al abismo entre la niebla ?
¡ Es que vuelca sus ondas seculares
El Niágara esplendente !
¡ El Niágara ! la fuente
Inexhausta y soberbia de los mares !

Mil ondas encrespadas,
Como salvaje tropa de leones
Al borde del abismo arrebatadas,
Exhalan en rugidos
Sonoras pulsaciones,
Que vibran como un canto en los oídos.

¡ Poéma sin segundo,
En los peñascos del raudal impreso,
Que, con solemne entonación homérica,
Parece que cantara sobre el mundo
El himno del progreso
En la lira gigante de la América !

De Washington el pueblo,
Despertando á su voz, honda y valiente,
Aprendió el heroísmo
En la lucha tenaz bajo la bruma
Del raudal y el abismo,
De la roca y la espuma !
Y luchando también, hundió las naves
De la adusta Inglaterra ;
Y á su empuje viril, el Despotismo,
Que derriba las frentes á balazos,
Largo trecho rodó sobre la tierra
Como rueda un cañón hecho pedazos !

¡ Escuchad ! escuchad ! El torbellino
Hierva airado otra vez, airado trueno ;
Y es que el nombre de Cuba,
La mártir del destino,
En el arpa de América resuena !

¡ Sí, que otra lira hermana,
Amarrada á la sirte procelosa,
Rugiendo en las espumas
Apostrofa á la tierra americana !
¡ Ay ! la sonante lira
A cuyo acento el corazón se expande
Y, heróico en su dolor, estalla en ira,
De Heredia el inmortal, de Heredia el grande !

VI

Así, en medio de músicas extrañas,
Por inmensas llanuras
Y ríos y torrentes y montañas,
Eva de un mundo y del Edén señora,
Siguiendo va del porvenir la huella
América la bella,
América, la virgen soñadora.

De la pálida luna
No lleva el tibio y misterioso rayo
Sobre la sien ardiente,

Que el dios del Inca calentó su cuna,
Se alzó en la tierra al esplendor de Mayo,
Y el sol de Julio coronó su frente.

Allá, dos mares á su talle airoso
El tul suspenden de su parda bruma,
Y el Guaira proceloso
Y el Niágara, á su espalda
El manto arrojan de su hirviente espuma
Y van rodando á acariciar su falda ;
Allí, como un trofeo
Que el viento encima de los Andes bate,
Como un girón á la montaña asido
Del humo del combate,
Dejando el cóndor su riscoso nido,
Un punto inmoble la contempla... Y luego,
Enamorado y ciego,
Abriendo su plumaje,
En el azul purísimo resbala
Y siente bajo el ala
Chispear el rayo del amor salvaje !

¡ Ah ! como él, el poeta americano,
Cóndor de los espacios de la idea,
El monte humilla, reconcentra el llano,
Y entre ambos polos la extensión pasea ;

Como él, en medio de la tierra amada,
El alma pensativa
Suspende en el fulgor de una mirada ;
Y, desde el foco de su sien altiva,
Como él, difunde enamorado, ciego,
La llama convulsiva
De su potente inspiración de fuego !

1870.





CANCIÓN

POR qué estás triste, dulce bien mío?
¿ Por qué tu lira no canta más?
¿ Por qué estás mudo como el vacío?
— Porque estoy lejos del Paraná.

Noches de ensueño, días de calma,
Allí tan sólo puedo gozar :
Opresa siento y herida el alma
Por el bullicio de la ciudad.

Si tú quisieras de mi ventura
Las breves horas iluminar,
Las radiaciones de tu hermosura
Encantarían mi soledad.

Allí, en los bosques murmuradores,
Bajo la sombra de mi seibal,
Donde girando los picaflores
Liban el dulce burucuyá, *

Muros de tapia, techo quinchado **
Con todo el lujo del totoral,
Forman mi rancho, do no ha faltado
Nunca inocente felicidad.

Las limpias aguas de un arroyuelo
Muestran su imagen en su cristal,
Y allá, en el fondo color de cielo,
El pez que viene y el pez que va.

Se mece en ellas una canoa
Hecha de un tronco de pacará,
Con dos filetes de aberemoa
Y negra banda de guayacán.

Si tú quisieras, tuya sería
La airosa nave donde al bogar,

* *Burucuyá* : pañonaria.

** *Quinchar* : techar con paja.

¡ Ay! muchas veces me parecía
Ver tu hermosura meridional.

Y pues ya sabes, dulce bien mío,
Porqué mi lira no canta más,
Porqué estoy mudo como el vacío,
Ven á las islas del Paraná,

1876.





SIN ELLA...

POR entre el bosque, desplegada cinta,
Del arroyuelo la corriente va,
Y el sol, hiriendo los ramajes, lanza
Doradas flechas á su limpia faz.

Se ve en la sombra que desgarrá á trechos
El haz brillante de la rubia luz,
Volar la chispa de la arena de oro
Al copo errante de la espuma azul.

Se ve en las aguas reflejarse un nido,
Temblar la rama que le da sostén,
Y sombra de alas bajo redes de hojas
Al fondo oscuro del raudal caer.

Se ve, sonriendo, por el abra estrecha,
La faz de un cielo que ilumina el sol,
Y allí dos nubes, como blancos sueños,
Atar sus velos y volar las dos...

Pero ¿ ella ? ¿ el alma ? ¿ y el amor ?... Dios mío,
Jamás de tu obra blasfemar podré ;
Mas, ¿ cómo amar y bendecir las ondas
Si no reflejan su nevada sien ?

1879,





ELLOS

CUELGA tan sólo del ombú, en la loma,
Una postrera ráfaga de luz,
Y se entreabre el luceño de la tarde
Cual flor de nieve sobre campo azul.

La noche baja á la hondonada; en ella
Rueda el carruaje donde van los dos;
Y cuanto más la oscuridad los cerca,
Hay en sus almas claridad mayor.

En vano el día de la tierra inclina
Al horizonte la inflamada sien,

Cuando el amor, crepúsculo divino,
Comienza para el alma á amanecer.

A los astros que brillan en el cielo
Ni una mirada fugitiva dan,
Porque asomados á sus ojos viven,
Donde hay estrellas que relucen más.

Se alza una nube en el confin lejano,
Como presa de súbita inquietud :
A ella vuela el lucero de la tarde,
Abierta el ala de serena luz.

Inflamado relámpago en su seno
Salta y la baña en vívido carmín ;
El temeroso enjambre de los seres
Fija con ansia la mirada allí.

¡ Y ambos siguen inmóviles, absortos,
Envolviéndose en mutua claridad !
¿ Qué importan los relámpagos del cielo,
Si el alma de ellos irradiando está ?

Yo, solitario, al borde del camino,
Los miro melancólico pasar ;
Y contemplo las nubes y los astros...
Porque no tengo sobre el mundo más !

1884.





LA LUZ MALA

(Tradición Argentina)

LARGA tropa de carretas
Atraviesa la llanura
Bajo la eterna hermosura
De los radiantes planetas.
Al tardo paso sujetas
De los bueyes, enfiladas,
Salvan lomas y quebradas,
Y en el trébol florecido,
Haciendo áspero rüido,
Hunden las ruedas pesadas.

Venše allí en el claroscuro
De mil vagos resplandores,

Oscilar sus conductores
Sobre el pértigo inseguro.
De llegar no tiene apuro
A su rancho el picador,
Pero, músico y cantor,
Entretiene su camino
Con algún *triste* argentino
Que llora ausencias de amor.

La Cruz del Sud, suspendida
Sobre los campos desiertos,
Tiende los brazos abiertos
Hacia la tierra dormida.
Y en la sombra sumergida
Aquella inmensa región,
Llena de mística unción,
Por el trébol perfumada,
Está á sus plantas postrada
Como en perpetua oración.

Súbito brilla á lo lejos
Una luz... la luz maldita,
Cuya historia nunca escrita
Saben jóvenes y viejos.
Vedla : lanza mil reflejos;
Se detiene y humo exhala;

Incendia el campo ; resbala
Retorciéndose maligna ;
Y cada uno se persigna,
Murmurando — « La luz mala ! »

— « Es el alma de un hermano,
Que, desterrada del cielo,
Solitaria y sin consuelo
Vaga errante por el llano ;
Un espíritu cristiano
De crüeles ansias lleno,
Que, de la noche en el seno,
Nos ha pedido otras veces
Una cruz y algunas preces
Que lo tornen justo y bueno. »

Así dicen, y entre tanto,
Esquivando sus destellos,
Rezan juntos todos ellos,
Olvidados ya del canto ;
Y ven, trémulos de espanto,
Cómo la luz resplandece,
Y chispea, y desaparece,
Y con nueva brillantéz
Ilumina, y cada vez
Más y más grande parece.

Ora se hunde en el bajío,
Ora corre por la loma,
Pero siempre avanza, y toma
Por momentos nuevo brío.
Del horizonte sombrío
Se aproxima á cada instante,
Y hácia atrás y hácia adelante
Huyen las sombras inquietas,
Y se acerca á las carretas
Como un ojo centelleante.

Y, mientras lleno de horror,
Tras esfuerzos sobrehumanos,
Se cubre con ambas manos
Todo el rostro el picador,
El penacho de vapor
Suelto al aire, rauda, altiva,
Rumorosa y convulsiva
Cual un potro desbocado,
Pasa hirviendo por su lado
La veloz locomotiva.

Mal hacéis vuestro camino
Paso á paso y lentamente,
Al alcance del torrente,
Antiguo pueblo argentino!

¡ Cantad himnos al destino,
Y cuando en noche serena
Brille una luz, no os dé pena,
No temáis, criollos, por eso,
Que en las vías del progreso
La luz mala es la luz buena !

1883.





FLORENCIO DEL MÁRMOL

Ah ! siempre como término la muerte !
¡ Siempre en el pecho una profunda herida !
¡ Y estas negras traiciones de la suerte
Que así oscurecen sin cesar la vida !

¡ Amigos de la infancia, compañeros,
Comienza ahora nuestra marcha triste
Hay abismo sin fondo en los senderos...
Florencio, nuestro hermano, ya no existe !

El era todo fe, todo hidalguía,
Su mente audaz, su corazón cristiano,
Y como nadie realizar sabía
El supremo ideal del ciudadano.

Creyó en la libertad; le dió su espada;
Le dió con ella su primer cariño;
Héroe, le vimos defender su amada
Con la inexperta sencillez de un niño.

Amó en Lavalle las acciones grandes,
Los generosos impetus guerreros;
Al toque del clarín, voló á los Andes...
¡ Y no estaban allí *los granaderos!*

La noble frente oscurecida, inerme
Tornó á sus lares, soñador caído...
Por eso, amigos, en la tumba duerme
Con tantos héroes que en la patria han sido.

¡ Y en qué momento! ¡ Cuando al sol se abrían
Los azahares del amor risueños!
¡ Cuando dos corazones se mecían
En el columpio de los castos sueños!

¡ Ah! si no hay Dios!... si el alma solamente
Es el latir de deleznable arteria;
Si aquél cielo tan puro y transparente,
Es falaz ilusión de la materia;

¡ Ante el Destino impávido y rastrero,
Que así existencias juveniles trunca,
No me habléis de consuelo !... ¡ yo no quiero,
No, yo no quiero consolarime nunca !

1881.





LAS QUINTAS DE MI TIEMPO

ESTOS, *Fabio* ¡ ay dolor! que ves ahora
Jardines sabiamente dibujados,
Fueron un tiempo rústicos cercados
De enhiesta pita y succulenta mora.

Y aquellas que allí ves altas mansiones
De mil primores llenas, antes fueron
Modestas granjas donde en paz latieron
Más nobles y sencillos corazones.

Naturaleza entonces á sus anchuras
Por estos sus dominios discurría,
Y como es dada á la labor, tejía
Mil suertes de galanas vestiduras.

Aquí, rastreando la humedad del suelo,
Las violetas silvestres agrupaba,
Y por todas las quintas derramaba
Un fresco aroma que llegaba al cielo.

Pródiga aquí de sus mejores galas,
Prendía á las ventanas de una hermosa,
De mosqueta ó jazmín red olorosa
Que desflocaba el aire con sus alas.

Por cima de los cándidos rebaños
Que agrupaba el pastor en los oteros,
Derramaban en flor los durazneros
Una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera
Y en los verdes naranjos florecía,
De sus maternas manos recibía
Su corona nupcial la primavera.

Mas tú dirás, amigo, que al presente,
Aquella nuestra madre, de igual modo
Sustenta, anima y embellece todo,
Y quien dijere lo contrario, miente.

¡ Infeliz ! ¡ cuál te engañas ! Tú no sabes
Lo que eran estos sitios, cuanta escena
De amor y paz y venturanza llena
Huyó con las violetas y las aves.

Figúrate : es domingo ; el aire en calma ;
Mucho sol, mucha luz, mucha alegría ;
Una de esas mañanas en que ansía
Verse trocada en golondrina el alma.

Verás aquí y allá, por los senderos,
Confundidos los pobres y los ricos,
La madre, las amigas y los chicos
Con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas
Pandorgas, con navaja, y en batalla,
Y á cada triunfo un clamoreo estalla
En el hueco inmortal de Cabecitas.

Se oye el rumor del biznagal que abrasa.
El adobe en los hornos ; el ligero
Grato sonar de tarros del lechero
Que á largo trote por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,
Guiadas por un criollo ó un navarro,
Las carretas de pasto, que en el barro
Vuelven crujiendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
Aquél grupo de un árbol á la sombra,
Que tiene el césped por mullida alfombra,
Y la guitarra nacional por lira.

¿ Qué ves allí ? De un asador pendiente,
Asándose el cordero apetitoso,
Y circular el mate generoso
En vez de la botella de aguardiente.

¡ Oh campestres paseos ! ¡ oh manjares
Jamás llorados cual se debe ahora !
¡ Oh sencillez antigua y bienhechora,
Salud un tiempo de los patrios lares !...

Mas calle, amigo, nuestra queja vana,
Que si un remedio á nuestras ansias veo,
Es quedar como Lope ante el Liceo
Llorando la vejez de su sotana.

Juro, Fabio, por todos los poetas,
Que no hay porteñas hoy más regaladas
Que aquellas que acudian en bandadas
A nuestras quintas á juntar violetas.

¡ Las vieras, preparándose al asedio,
Cuando aquellos piccitos voladores
No podían llegar hasta las flores
Porque estaba una zanja de por medio !

¡ Cuánto ardid para asirse del ramaje
Y traspasar el cenagoso abismo,
Alzando con angélico heroísmo
La muselina del sencillo traje !

Mas no faltaba un vástago de mora,
Cual un brazo flexible, que de intento
Para ayudarlas inclinaba el viento...
Que tanto puede una mujer que llora.

Las veo aún, con las mejillas rojas
Como granadas de Engadí partidas;
Y las húmedas manos florecidas
Mariposeando entre las verdes hojas ;

Y correr, y chillar, y ser más bellas
Cuando, lanzada como rauda fija *,
Cruzaba una medrosa lagartija
Con grave susto disparando de ellas ;

Y, ya en violetas rebosando el seno,
Búcaro ardiente que las flores aman,
Cómo por los senderos se derraman
Dejando el aire de perfumes lleno.

¡ Oh, mi dulce porteña, amada mía !
¡ Ya no hay violetas ni silvestres moras ;
Huyeron ya de la niñez las horas
Dulces y alegres cuando Dios quería !..

* *Fija* : arpón, fisga.



INSPIRADORA

No es romántica, amigos,
Como decís, la niña ;
No descolora con vinagre el rostro,
Ni en derredor de los sepulcros gira. *

Si alguna vez el llanto
Empaña sus pupilas,
No es por cobarde, es que el dolor la hiere
Del corazón en las ocultas fibras.

Ama la luz, la gloria,
La juventud, la vida ;
Viste el blanco y azul de nuestras madres
Porque ha nacido, como yo, argentina.

Es joven, es robusta
Como la patria mía ;
Del Paraná y el Uruguay se baña
En las sonoras transparentes linfas.

Enamorada eterna
De la virtud sencilla,
Canta á la sombra del hogar modesto,
Amores puros, infantiles risas.

Desata sus cabellos,
En actitud magnífica,
Cuando el soplo vital de nuestros campos,
Rasgando nubes, el pampero envía.

Aun hierve entre sus venas
Roja sangre latina,
Mas calentada por el sol de fuego
Que en la bandera de los Andes brilla.

No pide al extranjero,
Con ansias de mendiga,
Extraño adorno, que á sus trenzas basta
La flor del aire que en redor se cría.

Cuando la Patria evoca,
Su rostro se ilumina,
Alza orgullosa la serena frente,
Y absorta lleva al porvenir la vista.

¡ Qué grande será, exclama,
Nuestra tierra argentina !
¡ Feliz de aquel que en el presente sea,
Y el lauro excelso del futuro ciña !

1884.





ÍNDICE

	Pág.
Echeverría	1
El hogar paterno	15
En la ribera.	21
Lætitia.	27
La Pampa	29
Pensamiento.	37
Semejanzas	39
El seíbo	41
Sombra.	45
A una poetisa lusitana	47
Hojas	51
Un cuento de las olas	53

	Pág.
✓ Visión	59
✓ Primavera	61
✓ Ofrenda	67
✓ A la sombra del sauzal.	69
✓ Basta y sobra.	73
✓ A una niña	75
✓ El nido de boyeros	79
✓ Acuarela	85
✓ Al partir	87
✓ Santos Vega	89
✓ El canto de las olas	107
✓ Estrofas	111
✓ Nocturno	113
✓ Sólo tú.	117
✓ A Numa Pompilio Llona	119
✓ Adolescente	125
✓ La flor del seibo.	129
✓ Primera lágrima	135
✓ Adiós	139
El Naranja y el Cedro	143
✓ El hogar vacío	147
El manantial	151
✓ América	155
✓ Canción	169
✓ Sin ella	173

	Pág.
Ellos	175
La luz mala	179
Florencio del Mármol	185
Las quintas de mi tiempo	189
Inspiradora	195





CONCLUIDO DE IMPRIMIR

El 20 de Enero de 1885

EN LA IMPRENTA

DE A. QUANTIN

En Paris



